

Juliana Hermil

Meditaciones breves

PAISAJE Y EDUCACIÓN



NO hace mucho, transitaba yo con una amiga mejicana por el camino que conduce de Santiago a Verales, lucían los campos, más fresco y más invernal. Bajo el gris de los nublados primavertante que nunca, su traje verde. Elevábanse a pequeña distancia los cerros salpicados de *huilles* y en el fondo, como de costumbre, la cordillera engrifaba las vértebras de su espinazo gigantesco. Aproximábase la puesta de sol y las nieves ya comenzaban a teñirse de rosa para despedirlo.

En la caricia del paisaje, los muros de adobones que flanquean el camino nos dañaban como enemigos. De ir a pie — como lo hubiéramos preferido — ellos nos habrían negado todo contacto con la belleza circundante. Toscos, áridos, derruidos a trechos y a trechos erizados de alambres de púas, se habrían interpuesto entre nuestra visual y el paisaje, encajonándonos en el polvo de la carretera.

Interrogué a mi amiga mejicana:

—En tu tierra, ¿también usan estos muros?

—Por cierto, los encuentras en toda la América española.

En rápido contraste, evoqué los campos de California, de Maine, de Inglaterra y de Escocia, por los cuales he vagabundeado con tanto deleite. Ninguna pared sofoca allí al viandante. Se dilatan los campos de heno, de cebada o de trigo desde el borde mismo de la cinta embetunada del camino real. No hay cercas que se alcen como guardianes entre una propiedad y otra, entre el jardín de un *cottage* y el corral de una granja. Y de esta suerte, el paisaje se ofrece al viajero como una dádiva sin restricciones.

—¿No crees tú que los muros de adobones y las cercas de púas revelan una falta de educación? Porque una de dos: tú puedes defender tu predio alzando muros tan recios que intimiden al ladrón o enseñando a la gente a no robar. El primero es el procedimiento individualista al alcance del momento. El otro requiere más tiempo y acción colectiva perseverante; pero a la postre es muchísimo más seguro. Y no es que el hombre sajón sea por esencia más honrado que nosotros. Ha tenido una educación diversa. Recuerda si no la historia de Inglaterra. En los siglos medioevales y en los comienzos de la edad moderna, las mesnadas inglesas eran tan dadas al pillaje como las de cualquier otra nación. ¿Y quién no recuerda que los más grandes piratas llevan los nombres de Sharp, de Morgan y otros igualmente sajones? Mas desde el siglo XVII comienza la horca su siega de bandidos. Luego, el robo más insignificante es penado con sangre o con azotes. Prosigue esa política por unos cien años y habrás hecho un pueblo habituado a mirar como sagrada la propiedad del vecino. Después, el hábito se cultiva virtuosamente, se eleva al rango de un honor nacional, y tendrás tú el motivo de por qué el paisaje sajón no está parcelado por estos

adobones que hablan de desconfianza, de recelo y de latrocinios.

—Y ya que hablas tú de educación y paisaje — responde mi amiga —, ¿no te ofenden igualmente los ranchos? Su supervivencia es el signo más claro de la incultura ambiente. Uds. y nosotros pretendemos atraer al turista extranjero. Pero a mí — chilena o mejicana — me avergüenza que vengan a ver a mi pueblo — carne y sangre de mi raza — cobijándose en las pocilgas que tenemos a la vera de todos los caminos. No nos hemos alejado ni un cuarto de hora de la capital y ¡mira a tu alrededor! Para contemplar la delicia del paisaje hay que pasar por encima de la miseria y de la mugre, fingir que no las vemos, olvidar de que existen.

—Nos hemos familiarizado con ellas tanto, que ya no nos extrañan.

—Pero te ha bastado pasear unos cuantos meses por campos sin barreras para que estos adobones te ofendan. A los que nos visiten seguramente les chocarán muchísimo más estos ranchos en que retozan juntos arrapiezos, perros y lechoncillos . . .

No repuse nada, pero seguí meditando en la fealdad que la incultura del hombre pone en la hermosura del paisaje.